



GIL DEL PINO, M.C. (2005): *Convivir en la diversidad. Una propuesta de integración social desde la escuela*, Alcalá de Guadaíra (Sevilla), MAD

Uno de los grandes problemas que arrastra el conocimiento en general y el pedagógico en particular es su desarticulación. Pese a que desde hace algunas décadas se viene insistiendo en la necesidad de abordar los hechos sociales—hechos educativos en nuestro caso— desde un enfoque interdisciplinar y de perseguir la unidad entre teoría y práctica, lo cierto es que se sigue haciendo *ciencia (social, educativa)* y no *ciencias (sociales, de la educación)*, ciencia para colmo ajena a la realidad. Así, el saber, el saber educativo, fragmentado en múltiples relatos y desposeído, además, de su dimensión práctica, es puro postulado; capital cultural al servicio sólo de la elite académica para lograr promoción, autocomplacencia y prestigio; letra muerta, en resumen, que encima mata la curiosidad científica de los investigadores y la esperanza de los prácticos. Demasiados trabajos sobre educación tienen una finalidad meramente instrumental. Demasiados se mueven en el terreno de la doctrina, como si la escuela y los niños no existiesen en absoluto. Demasiados formulan leyes sobre problemas sin interesarse después por la resolución de éstos. Es como si los ingenieros elucubrasen sobre aerodinámica o sobre hidráulica y se desentendiesen del vuelo de los aviones o de la contención de las presas. En fin, que parece que se ha perdido el elemento que fragua las cosas. Por si así fuera, *Convivir en la diversidad*, el libro que ahora reseñamos, nos muestra un modo acertadísimo de recuperarlo. Su autora no sólo logra reunir en torno al objeto de estudio elegido—una escuela de un barrio marginado socialmente— distintas disciplinas—teoría de la educación, filosofía, sociología, literatura, antropología, política educativa...—sino que también las conecta con la realidad, una realidad doble, además: la vivida y la deseada. La manera que tiene de hacerlo es activando sus mecanismos afectivos. No cabe duda de que es el sentimiento, el intenso sentimiento, la argamasa que une, el hilo que guía, desde el primer renglón hasta el último, su trabajo. En definitiva, el libro de Carmen Gil es un más que necesario ejemplar de pedagogía práctica e ilusionada, un libro tramado y sentido, vivo, para más exactitud.

Ahora bien, resulta curioso que, mientras teoría y práctica, poesía y prosa, pensamiento y pasión, vivencias y aspiraciones... se funden de modo admirable en la obra, los propios hechos socioeducativos que constituyen su temática se escindan y sean abordados doblemente. Resulta curioso que la autora haya optado por una

forma de exposición dialéctica, que la dualidad y la oposición guien buena parte de sus percepciones, interpretaciones y posicionamientos. Así, *el lenguaje como mecanismo deshumanizador* se sitúa frente a *la palabra humanizadora*; *la escuela que legitima y naturaliza la desigualdad social* frente a *la compensadora y la intercultural*; *la cultura de masas* (alienadora) frente a *la del sujeto* (creadora); la primera parte del libro, en suma, creciendo tema a tema en injusticias, en avasallamientos, en atropellos, en deshumanización, frente a la segunda, que crece en esperanza, en fuerza, en utopía, en humanización. Ello significa (ha de significar necesariamente) que los fenómenos sociales, dependiendo de la función que desempeñen, del fin que persigan, pueden ser cosas bien distintas. Lo mismo son instrumentos creadores del ser humano que perversos medios aniquiladores. De hecho, el lenguaje, la escuela, la cultura, los medios de comunicación y hasta la familia, instituidos para servir a la *humanización del hombre* —expresión, para la autora, no redundante hoy, sino por entero pertinente— se han convertido, sin embargo, en instancias de inculcación ideológica, de sometimiento al sistema, de negación del ser humano, en definitiva.

Pero estas parejas dialécticas, estas unidades en tensión, estos temas que pugnan, como advierte el prologoista, no sólo dentro del libro sino también fuera de él, se hallan dinámicamente interrelacionados, esto es, son realidades que no se destruyen sino que se provocan entre sí y nos provocan a nosotros, lectores, y lo hacen planteándonos la tesis (hegeliana) de que el progreso (del hombre, del mundo) se produce a través del acercamiento y conciliación de contrarios, de la resolución de conflictos, o si se quiere, de la educación, porque acercar y conciliar contrarios y resolver conflictos no es otra cosa que educar. En la medida en que seamos capaces de inscribir los hechos sociales (educativos) en una teleología más ética, en la medida en que los dotemos de intenciones mejores, éstos se armonizarán y alcanzarán un sentido nuevo y una nueva sustancia. El argumento que esgrime la autora cuando nos extiende, a través de los numerosísimos contrastes que emplea, su invitación a hacerlo —invitación sosegada y vehemente a la vez— es que se trata de un deleite incomparable, el mayor que existe, para más justeza. Poco o nada podemos argüir frente a razonamiento (persuasión) semejante.

En efecto, la pedagogía para Carmen Gil es pura creación y, como tal, puro placer. Pura creación porque se trata de idear (y perseguir) otra realidad, tarea netamente artística (lo que hace un artista no es otra cosa que crear espacios y tiempos maravillosos para refugiarse en ellos en su continua huida de los existentes); y puro placer porque engendrar otros mundos sólo puede concebirse, en rigor, como una actividad absolutamente gozosa. Pero claro, como la realidad que el educador busca no es un lugar para refugiarse él solo sino un mundo mejor para *convivir todos*, la educación se convierte en la tarea más placentera de cuantas existen, la que procura disfrute a mayor escala y profundidad, la que lleva a gozar en grado sumo.

Por todo lo anterior y por mucho más que podríamos continuar diciendo, es preciso que leamos “atenta e ineludiblemente”, tal y como se nos insta desde el prólogo, el texto cálido, palpitante, intachable de Carmen Gil, un texto que atrapa (felizmente), que llama con pormenores —desgarrados pormenores— a cosas grandes, porque cosa grande es *convivir en la diversidad*, desafío supremo que nos propone la autora. Claro

que la diversidad en la que ella está pensando es, desde luego, una diversidad reconstituida, porque la que existe no puede servir para la convivencia, ya que se halla *instrumentalizada* —se considera causa (y no excusa) de violencia— y polarizada —los “diferentes”, hoy por hoy, son los pobres, los débiles, los dominados—. La que existe es, fundamentalmente, diversidad económica, falseada, de cortas miras. Carmen Gil quiere, nos propone en esto como en todo, acercar los pares desemejantes (fuertes y débiles; superiores e inferiores; poderosos y dominados; autóctonos y alóctonos; pobres y ricos, en suma) y hacer saltar de ellos una nueva diversidad, una diversidad auténtica, de altas miras, una diversidad entendida de una vez por todas como riqueza —no como problema— e integrada por seres humanos únicos —no genéricos—, llenos de posibilidades —no de limitaciones— y dueños de su propio destino —no despojados de él—. Nada que no sea, en fin, de sentido común.

José Luis Álvarez Castillo
Universidad de Córdoba